

EPÍSTOLA A LOS FILIPENSES

Introducción

En la Epístola a los Filipenses tenemos muchas más cosas sobre la experiencia cristiana, y el progreso de los ejercicios del corazón, que en el epistolario general. Es, de hecho, la propia experiencia del cristiano. La doctrina y la práctica se encuentran en todas las epístolas, pero con la excepción de 2.^a Timoteo, que es de otra naturaleza, no hay ninguna como esta que contenga la expresión de la experiencia del cristiano en su abrumadora vida y los recursos de que dispone cuando pasa por ella, así como los motivos que deben gobernarle. Incluso podría decirse que la epístola nos proporciona las experiencias de la vida cristiana en su más elevada y perfecta expresión, o lo que es lo mismo, su condición bajo el poder del Espíritu divino. Dios ha condescendido para mostrarnos este hermoso cuadro, al mismo tiempo que las verdades que nos iluminan y las normas que marcan la pauta de nuestro camino.

La ocasión para escribirles era bastante natural. Pablo estaba en prisión, y los filipenses —muy apreciados por él, y que al principio de sus labores testificaron de su afecto por el apóstol con dones similares— acababan de enviarle ayuda por mano de Epafrodito, en los momentos en que, según parece, había estado pasando necesidad. La prisión, las necesidades, la conciencia de que la asamblea de Dios estaba privada de sus atenciones, y la expresión por parte de los filipenses del amor con que se acordaban de él y de sus necesidades, desde la distancia, ¿qué más apropiado había para estimular el corazón del apóstol y que expresara la confianza en Dios para animar y alentar su sentimiento por la asamblea, que no podía tener su apoyo apostólico sino que había de confiar solamente en Dios y sin ayuda de terceros? Era de lo más natural que quisiera hablar de sus sentimientos y echarlos sobre el pecho de los amados filipenses, que ya le habían demostrado su afecto. En consecuencia, el apóstol habla en más de una ocasión de la comunión que tienen con el evangelio: participaban en las labores, en las pruebas y las necesidades generadas entre quienes se dedicaban a predicarlo. Su corazón los mantenía unidos en el evangelio como aquellos de los que el Señor dice que recibían a un profeta en nombre de un profeta.

Capítulo 1

Esto llevó al apóstol a una relación peculiarmente estrecha con esta asamblea. Timoteo, que le acompañó en sus labores por Macedonia como verdadero hijo en la fe y en la obra, porta junto con Pablo el mensaje para los santos y los que tenían un oficio en esta peculiar iglesia. La epístola no lleva el alma a conocer los consejos divinos, como vemos en Efesios, ni regula el orden piadoso de todo cristiano, como en Corintios, ni establece la base para la relación de un alma con Dios, como dice Romanos. Tampoco se propone advertir a los cristianos en contra del error que estaba filtrándose entre ellos, como afirman otras epístolas que el apóstol escribió. Parte de la base de la preciada vida interior y del afecto común de los creyentes, de cómo lo estaba experimentando el corazón de Pablo, animado y guiado por el Espíritu Santo. Por eso vemos aquí las relaciones corrientes dentro de una asamblea: tenemos obispos y diáconos, y era muy importante recordarlos, porque ya no era posible contar con el apremiante cuidado del apóstol. Su ausencia determinaba las razones para darles estas enseñanzas, lo que confiere una importancia vital a la epístola.

El afecto que los filipenses expresaron enviándole ayuda recordaba al espíritu que ellos siempre mostraban, dado que desde un principio se habían asociado con las labores y las pruebas del evangelio. Esto hace que el apóstol se exprese en términos que abarcan toda la corriente de

pensamiento —tanto más apreciada para nosotros— de esta epístola. ¿Quién había suscitado en los filipenses el espíritu de amor y devoción por los intereses evangélicos? Por supuesto que el Dios de las buenas nuevas y del amor; y era una seguridad que quien comenzó la buena obra la perfeccionaría hasta el día de Cristo. Dulce pensamiento cuando no tenemos más al apóstol ni tampoco obispos y diáconos, como sí los tuvieron ellos. Dios no puede ser tomado de nuestro centro; el verdadero y vivo origen de toda bendición sigue entre nosotros, inmutable y por encima de las debilidades, incluso de las faltas que privan a los cristianos de unos recursos intermediados. El apóstol había visto a Dios actuar en los filipenses; los frutos daban testimonio de la fuente. Por tanto, él contaba con que se perpetuase la bendición que tenían que disfrutar. Era preciso que hubiera fe para poder sacar estas conclusiones. El amor cristiano es esclarecedor y está lleno de confianza con relación a sus objetos, porque Dios mismo, y la energía de su gracia, están en este amor.

Volviendo al principio, sucede igual con la asamblea de Dios. Podrá perder mucho, en realidad, en lo que respecta al medio externo y a las manifestaciones de la presencia divina, relacionadas con la responsabilidad del hombre, pero la gracia esencial no puede perderse. La fe siempre puede contar con ella. Fueron los frutos de la gracia los que dieron esta confianza al apóstol, como vemos en He 6:9,10 y 1Ts 1:3,4. Y además contaba, en efecto, con la fidelidad de Cristo, en 1Co 1:8 y Gálatas, pese a muchas cosas que le habían causado dolor. La fidelidad del Señor le animaba a la hora de escribir a estos cristianos, cuya condición era en otros aspectos la causante de mucha preocupación. Pero aquí —desde luego un caso más afortunado— su camino le motivaba para empezar a confiar en ellos. Recordaba con afecto y ternura la manera en que se habían comportado siempre, y les expresó su deseo de que Dios, que los había movido a actuar así, volviera a suscitar los frutos perfectos y abundantes de ese amor para bendecirlos.

También les abre su corazón, pues habían tomado parte, por la gracia divina que se movía en ellos, en la obra de la gracia que se había movido en el apóstol con un afecto que los identificaba con la labor. El corazón de Pablo se volcó de forma abundante, con afecto y deseo. Dios, que creó estos sentimientos, y al que el apóstol presentaba todo lo que se motivaba en el corazón, era testigo —ahora que no podía dar más testimonio con la labor— de su sincero deseo para todos. Él sentía el amor de ellos, pero sin embargo deseaba que no fuera solamente activo y cordial, sino que se guiara por la sabiduría y el entendimiento divinos, por un discernimiento piadoso del bien y del mal, efectuado por el poder del Espíritu de Dios, de manera que, mientras actuaran así, deberían andar según esa sabiduría y entender lo que, en este mundo de tinieblas, iba a la par con la luz divina y la perfección; que fueran, en una palabra, irreprochables hasta el día de Cristo. ¡Qué diferente de la típica evasiva del pecado flagrante que muchos cristianos aducen! El deseo sincero de cada excelencia y semejanza cristianas, que la luz divina podía proporcionarles, es el mismo que marca la vida de Cristo en nosotros.

Los frutos producidos eran ya una señal de que Dios estaba con ellos, y él haría la obra hasta el fin. El apóstol deseaba que anduvieran en todo el camino conforme a la luz que Dios les dio, de manera que cuando llegaran al final no hubiera nada que pudiera reprochárseles. Al contrario, que anduviesen libres de todo lo que pudiera debilitarlos o desviarlos, abundando en los frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. Una imagen práctica y buena para la condición normal del cristiano en su cotidiano camino hasta el fin, dado que en Filipenses nos hallamos continuamente en el camino hacia nuestro reposo celestial, adonde la redención nos ha llevado.

Hasta aquí la introducción a la epístola. Después de expresarles los deseos de su corazón, confiando en el afecto que le dispensaban, el apóstol pasa a hablarles de sus cadenas, de las que ellos se habían acordado. Lo hace en relación con Cristo y el evangelio, los que más tenía en el

corazón. Antes de adelantarme con el tema de la epístola, me gustaría destacar los pensamientos que hay en la base y que subyacen a los sentimientos expresados en ella.

Hay tres grandes elementos que dejan su huella. En primer lugar, se habla del peregrinaje del cristiano por el desierto: la salvación es vista como un resultado que hay que obtener al final de nuestra jornada. La redención cumplida por Cristo se establece en realidad como el fundamento de dicha peregrinación, como le había sucedido a Israel al entrar en el desierto, pero presentarse ante Dios como resucitados en gloria tras salir victoriosos de todas las dificultades es el tema que toca la epístola, lo que aquí llamamos la salvación.

En segundo lugar, la posición está caracterizada por la ausencia del apóstol, y entonces la asamblea tiene que mantener sola el conflicto. Tenía que vencerlo, en vez de gustar la victoria que Pablo obtuvo sobre el poder del enemigo cuando estaba con ellos y se hizo débil junto con todos los que eran débiles.

Y por último, y como verdad más importante ya mencionada, apremia a que la asamblea, en estas circunstancias, dependa aún más de Dios, de cuya fuente inagotable de gracia y poder tenía que valerse de manera inmediata por la fe y como recurso que nunca la haría fracasar¹.

Retomo el estudio del texto con el versículo 12, que da inicio a la epístola después de la porción introductoria. Pablo estaba prisionero en Roma. Parecía que el enemigo había obtenido una gran victoria reprimiendo así su actividad, pero por el poder de Dios, que ordenaba todas las cosas y actuaba en él, las añagazas del adversario se tornaron en avances para el evangelio. En primer lugar, las prisiones de Pablo permitieron que se diera a conocer en sitios donde, si hubieran sucedido las cosas al revés, no habría podido predicarse, como en lugares destacados de Roma. Muchos otros hermanos, tranquilizados por la posición en la que pese a todo se hallaba el apóstol, fueron más denodados al propagarlo, pero hubo otra manera en la que su ausencia produjo resultados distintos. La mayoría, que en presencia del poder y los dones de Pablo era inevitable que perdieran autoridad y credibilidad, consiguieron hacerse personas de reputación durante el tiempo en que, en los inescrutables caminos divinos, el poderoso instrumento de la gracia estuvo confinado a una celda. Esperaron poder brillar y cautivar la atención de todos en cuanto los rayos de esa luz deslumbrante tuvieran cerrado el paso en aquella prisión. Llenos de celo y ocultos cuando él estaba presente, se aprovecharon después de la ausencia del apóstol para moverse a sus anchas y desacreditar su autoridad en la asamblea, ya fueran falsos hermanos o celosos cristianos. No hicieron más que agravar las cosas. Sin embargo, Dios estaba con su siervo, que en vez de buscar satisfacer el yo que instigó a estos malogrados predicadores de la verdad, tenía el puro deseo de proclamar las buenas nuevas de Cristo, sintiendo su valor en lo más profundo y deseándolo por encima de todo.

El apóstol halla el recurso para sus circunstancias en las operaciones de Dios, independientemente de los medios utilizados para imponer el orden espiritual en Su casa. La condición habitual de la asamblea es que el Espíritu de Dios actúe en los miembros del cuerpo, cada uno en su lugar, para la manifestación de su unidad y energía recíproca. Tras vencer Cristo a Satanás, llena con su Espíritu a quienes ha librado de la mano del enemigo con el objeto de que puedan exhibir Su poder y la verdad de su liberación con un andar que, siendo expresión de la mente y energía divinas, no da lugar a los caminos del adversario. Ellos constituían un ejército y un testimonio divino en el mundo para derrotarle. Cada miembro, desde un apóstol hasta el más débil, actuaba eficazmente desde su sitio y el poder satánico quedaba excluido. Lo exterior era la

¹ Veremos todo el tenor de una vida que fue expresión del poder del Espíritu de Dios en ella. Esto indica que el pecado, o la carne que genera el mal en nosotros, no se menciona en la epístola, sino que ofrece los rasgos y las formas de la vida de Cristo, pues si vivimos en el Espíritu deberíamos andar espiritualmente. Veremos la capacidad de la gracia en la vida cristiana (cp 2), su energía (cp 3) y su superioridad a las situaciones (cp 4). El primer capítulo indaga más en el corazón del apóstol en cuanto a sus circunstancias y sentimientos reales, como era natural. La exhortación empieza con el capítulo 2. En el capítulo 1 ya encontramos al apóstol en el poder de la vida espiritual y en un nivel completamente superior a ellas.

respuesta de lo interior a la obra de Cristo. El que estaba en ellos era mayor que el que estaba en el mundo. En todos los lugares se necesita este poder y un ojo sencillo, pero en otro estado de cosas, aunque no todo tenga la actividad que corresponde a la medida del don de Cristo, la energía restauradora y espiritual en un instrumento como el apóstol defiende la asamblea y la hace volver a su condición normal, aun cuando haya podido fracasar en parte. La epístola a los efesios, por un lado, y las enviadas a los corintios y a los gálatas, por otro, presentan estas dos etapas de su historia.

La epístola a los filipenses trata, desde la pluma de un apóstol divinamente inspirado, del estado de cosas en el que no existía este último recurso. El apóstol no podía trabajar de la misma manera que lo había venido haciendo, pero sí podía darnos la opinión del Espíritu sobre el estado de la asamblea, cuando por sabiduría divina estaba privada de sus habituales manifestaciones de fuerza. Sin embargo, no podía ser privada de Dios. No hay duda de que la asamblea no se había desviado tanto de su normal condición como hasta el día de hoy, pero el mal ya hacía su aparición en aquel entonces: «todos buscan lo suyo propio —dice el apóstol—, no las cosas de Cristo». Dios permitió que fuera así mientras vivieron los apóstoles, para que pudiéramos tener la revelación de los pensamientos divinos sobre la iglesia y fuésemos guiados hasta los verdaderos recursos de la gracia en medio de circunstancias así.

Pablo mismo tuvo que experimentar esta verdad en su propia piel. Los vínculos que le unían a la asamblea y a la obra del evangelio eran los más fuertes sobre la tierra, pero fue obligado a renunciar a ellos por el Dios al que pertenecían. Muy doloroso, en efecto, pero obtuvo el resultado una obediencia perfecta, confianza y un ojo sencillo, con la propia renuncia en el corazón para perfeccionar a los filipenses según la medida de la operación de la fe. De todas maneras, el daño causado por un esfuerzo así traiciona la incapacidad de los hombres por mantener el buen nombre de la obra de Dios. Sucede para que él pueda tener toda la gloria en ella, y es desde luego necesario para que la criatura se manifieste en cada aspecto conforme a la verdad. Es de lo más privilegiado ver que, tanto aquí como en 2Ti, el declive de la vida individual y de la energía eclesiástica revela un desarrollo más pleno de la gracia personal, por una parte, y de la energía del ministerio por otra, donde hay más fe que en otros lugares. En realidad, es lo que ocurre siempre. A los Moisés, los Davids y los Elías los encontramos en el tiempo de los faraones, de los Saúles y los Acabs.

El apóstol no podía hacer nada; tenía que ver cómo el evangelio se predicaba sin él. Algunos lo hacían motivados por la envidia y el espíritu de discordia, y otros, a través del amor, poseían el ánimo de aliviar las cadenas del apóstol continuando la obra. Aun así, Cristo era predicado, y la mente del apóstol se elevaba sobre los motivos que movían a estos predicadores, contemplando el hecho inapelable de que un Salvador, el libertador enviado por Dios, era predicado ante el mundo. Aquel y las almas eran máspreciados para Pablo que si la obra la hubiera hecho él mismo. Dios la estaba realizando, y eso bastaba para el triunfo del apóstol, familiarizado como estaba con los propósitos divinos. Comprendía el gran conflicto originado entre Cristo —en sus miembros— y el enemigo, y si este parecía haber obtenido la victoria poniéndole en prisión, Dios se valió de este suceso para llevar adelante la obra cristiana con el evangelio y conseguir, efectivamente, nuevas victorias sobre Satanás, las cuales Pablo ya conocía porque fue destinado para la defensa del evangelio. Todo se torna en salvación, siendo confirmada su fe por los caminos de un Dios bondadoso que dirigía la mirada de su fiel siervo hacia Él. Sustentado por las oraciones de otros y por la provisión del Espíritu de Jesucristo, lejos de ser derribado y atemorizado por el enemigo, se gloriaba cada vez más en las firmes victorias de Cristo, de las que él participaba.

Conforme a esto, expresa su firme convicción de que en nada sea avergonzado, sino que se le conceda poder expresarse con denuedo y Cristo sea glorificado en él, bien por su vida, bien por su muerte; tenía la muerte ante sus ojos. Llamado a comparecer ante César, su vida podía ser cortada por el juicio del emperador. Humanamente hablando, este asunto estaba bastante plagado de incertidumbres.

Hace alusión a ello en los pasajes 1:22,30; 2:17 y 3:10. Pero ya fuera que viviera o muriera, su mirada estaba ahora más fija en Cristo que en la propia obra, por muy apreciada y estimada que fuera para uno cuya vida podría expresarse en una palabra: Cristo. Vivir era hacerlo para él, no para la obra y el sólido fundamento de los fieles en el evangelio (hecho inseparable del pensamiento cristiano, pues eran miembros del cuerpo), sino para Cristo mismo. Morir era ganancia, ya que iba a estar con él.

Tal era el efecto purificador de los caminos divinos, que le habían hecho pasar esta prueba tan terrible para verse separado durante años, quizás cuatro, de la obra del Señor. El Señor se ocupó de la obra, al menos hasta el punto en que se relacionaba de forma personal con Pablo, para lo que le había sido encomendada. Posiblemente, el hecho de que le hubiera absorbido tanto es lo que condujo a su encarcelamiento, pues solo el pensamiento de Cristo produce un equilibrio en el alma y da a todo su justa dosis. Dios provocó este desenlace para que fuese el medio por el cual Cristo se convirtiera en todo lo que tenía. Pablo no perdió interés en la obra, ya que Cristo ocupaba el primer lugar; en él veía todo, incluso la obra.

Qué consuelo para cuando seamos conscientes tal vez de que nuestras debilidades han salido a la luz y hemos fracasado al actuar conforme al poder de Dios, ver que él, el único que tiene derecho a ser glorificado, nunca nos falla.

Puesto que Cristo era todo para Pablo, evidentemente era una ganancia morir porque iría a estar con él. Sin embargo, merecía la pena vivir —este es el énfasis del versículo 21— porque se trataba de Cristo y su servicio. El apóstol no sabía cuál escoger. Si moría, ganaba a Cristo, lo cual era mejor, pero si vivía le servía, por lo que poseía más en cuanto a la obra, dado que el vivir era él; pero la muerte, como es natural, ponía fin a esto. Se encontraba en una situación desesperada. Había aprendido a olvidarse de sí mismo, pero además veía a Cristo ocupado completamente con la asamblea, según su perfecta sabiduría. Esto era lo que ponía fin a la cuestión, pues al ser enseñado por Dios, y no saber qué escoger, Pablo perdió todo interés en él mismo y pensaba solamente en la necesidad de la asamblea, según una mente cristiana. Era bueno para la asamblea que se quedara, incluso para una sola de ellas. Observemos qué paz le da al siervo de Dios la contemplación de Jesús, que suprimía todo egoísmo mostrado en la obra. Al fin y al cabo, Cristo tiene todo el poder en el cielo y la tierra y ordena las cosas según su voluntad. Cuando es conocida, como el amor que siente por la asamblea, solo podemos desear que se cumpla. Pablo decide su destino sin preocuparse demasiado por lo que haría el emperador ni por las circunstancias actuales. Cristo amaba la asamblea y era bueno para ella que Pablo se quedara. ¡Qué luz y descanso para un ojo sencillo! Para el corazón versado en el amor del Señor, es maravilloso ver el yo totalmente erradicado y todo lo que Cristo hace por la asamblea, que aquí vemos en un terreno sobre el que todo tiene un designio.

Si Cristo lo es todo para Pablo y la asamblea, el apóstol deseará que esta sea lo que tenga que ser para Él, y lo mismo para su corazón, para el cual lo significaba todo. Por tanto, el corazón del apóstol se vuelca con ella. El gozo de los filipenses sería abundante cuando regresara y su conducta digna del evangelio de Cristo, tanto si él venía como si no. Le embargaba la duda de si debía verlos o recibir noticias suyas para que, unidos de corazón y mente, adquirieran constancia y firmeza para alejar de ellos el miedo al enemigo en la lucha que tenían que librar, vista la fuerza que proporcionaba su unión. He aquí el testimonio de la presencia y operación del Espíritu en la asamblea en ausencia del apóstol. Mantiene a los cristianos unidos con su presencia espiritual. Ellos tienen un solo corazón y un único objetivo, actuar en común por el Espíritu. Dado que Dios está con ellos, el temor que pueda inspirarles el espíritu maligno y sus enemigos, que es lo que intentan hacer siempre (cf. 1P 5:8), no existe. Andan en una atmósfera de amor y poder como en la de una buena conciencia. Su condición produce así un testimonio evidente de la salvación —de una liberación completa y final—, pues en su guerra con el enemigo no sienten temor y la presencia de Dios inspira pensamientos más elevados. Respecto a los rivales, descubrir sus intentos fallidos hace caer a los

filipenses en la cuenta de sus escasos recursos. Aunque estos aspirantes tenían todo el poder del mundo y de su príncipe, se habían enfrentado con uno superior: el poder de Dios, del que eran adversarios. Una convicción terrible, por un lado, y una profunda alegría por otro, donde no solo existía la seguridad de la salvación y una liberación, sino que resultaban ser enviadas por la mano divina. Que la asamblea estuviera en conflicto y el apóstol ausente, luchando él mismo con el poder del enemigo, era un don y un pensamiento gozoso. A ellos se les permitió sufrir por Cristo y creer en él. Tenían otra porción, preciada además, cuando sufrían con él y también por el apóstol. La comunión con el fiel siervo, cuando ambas partes sufrían por la causa divina, unía estrechamente los lazos.

Fijémonos aquí hasta dónde llega el testimonio del Espíritu sobre una vida vivida al margen de la carne, no a la zaga de ella. Él no había sido avergonzado en nada, y confió plenamente en que nunca lo fuera, por lo que por este motivo ensalzaba a Cristo en su cuerpo, para muerte o vida, como siempre había hecho. No sabe si escoger la muerte o la vida, pues ambas eran un privilegio: vivir era Cristo; morir, ganancia, aunque la labor no hubiera terminado. La confianza en el amor cristiano por la asamblea le lleva a decidir su caso delante de Nerón, seguro de lo que este amor podía producir. La envidia y las luchas internas que impulsaban la predicación del evangelio solo podían dar resultados más que evidentes, la satisfacción de ver que Cristo era predicado. La carne, a la que era completamente superior su vida, no significaba que no la tuviera o que su naturaleza hubiese cambiado. Como se deduce de otros lugares, el apóstol tenía un agujón en la carne, un mensajero de Satanás para zarandearlo, pero también un testimonio glorioso del poder y de la obra del Espíritu de Dios.

Capítulo 2

Eso también produjo sus efectos. El apóstol deseaba que su gozo fuera completo, que la unidad entre los filipenses fuese perfecta, ya que la ausencia apostólica había hecho germinar la semilla de la disputa y la deslealtad. Su amor se había demostrado de forma poderosa y dulce con el don que enviaron al apóstol. La consolación en Cristo, el consuelo del amor, la unidad espiritual y sus tiernas bondades se manifestaron con este don, lo que le produjo gran gozo. Tenían que perfeccionarlo estableciendo de manera total el vínculo del amor entre ellos, siendo de un solo propósito, una mente y mostrando igual caridad por los demás, pensando lo mismo y borrando toda rivalidad o vanagloria que pudieran exhibirse de algún modo. Tal era el deseo del apóstol. Apreciaba el amor que le mostraban, y les deseaba que su felicidad fuera completa por el perfeccionamiento de ese amor; únicamente así sería perfeccionado su gozo. ¡Hermosos y emotivos afectos! Era el amor en él que, sensible al de ellos, pensaba nada menos que en los fieles filipenses. De qué manera más delicada se abrían camino hacia una unión real y una bondad que prohibía el paso a los reproches, y que un corazón que añadía la caridad al amor fraternal no podía dejar de expresar.

Los medios de esta unión y de la preservación del amor estaban en la negación del yo y en la humildad, en el espíritu que se humilla para servir. Eso fue lo que se exhibió de manera perfecta en Cristo, al contrario del primer Adán, que quiso usurpar el lugar de Dios y no le dolieron prendas para hacerlo, al tiempo que se ensalzaba, desobedecía y moría. Cristo, sin embargo, cuando estaba en la forma de Dios se despojó a sí mismo, a través del amor, de toda su gloria exterior, de la forma divina, y adoptó la forma humana. Aun estando en la forma de hombre, continuó en humillación. Había una cosa más que hizo al humillarse. Como Dios, se anonadó; como hombre, se humilló y se hizo obediente para muerte y muerte de cruz, y Dios le ensalzó hasta lo sumo, pues el que se ensoberbece es humillado y el que se humilla es exaltado. Un amor perfecto, una verdad gloriosa y una obediencia sublime en un hombre exaltado a la diestra del trono de la majestad divina por el

juicio ecuánime y la acción justa de Dios. Qué veraz es la persona de Cristo. Su descenso y ascensión le llevaron a llenar todo como Redentor y Señor. Dios vino en amor y como hombre subió en justicia a los cielos después de haber amado y mostrado obediencia. Su persona es digna, desde toda la eternidad, de ocupar este puesto, y está ahora exaltado por Dios a su diestra, como un acto de justicia divina que le concede este lugar. Nuestros corazones participan de ello y se regocijan en esta gloria, y en el hecho de que, en lo relativo a nuestra posición, también tenemos parte en ella por la gracia.

Su humillación es una prueba de que es Dios. Solo él podía abandonar su estado por los derechos soberanos del amor, pero sería pecado que cualquier criatura lo hubiera hecho. Es también su amor perfecto. Pero esta prueba se da, y cumple su amor, en el hecho de que él es Hombre. ¡Qué lugar ha conseguido para nosotros! Es en él, y no en nosotros —sus primicias— que piensa el apóstol. Se goza pensando en la exaltación de Cristo, dado que Dios le ha exaltado hasta el lugar más sublime y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, para que todo lo que hay en el cielo y en la tierra, e incluso en las regiones infernales, doble su rodilla ante el Hombre exaltado, y cada lengua confiese que Jesucristo es Señor para la gloria de Dios el Padre.

Observaréis que es el señorío de Cristo lo que presentamos en este pasaje, no su divinidad. Constituye, en efecto, el principal punto de partida. De hecho, todo tiene allí su origen: el amor, la autorrenuncia, la humillación y esa maravillosa condescendencia. Nada de eso podría haber tenido lugar y valor sin lo anterior. Pero se trata del Señor, completo en su Persona en la posición que asumió como hombre; se trata de Aquel que se humilló, y que al descender a las partes más bajas posibles fue exaltado por Dios; se trata de Jesús, quien podía, sin necesidad de exaltarse a sí mismo, ser igual a Dios y despojarse a la vez para bajar a la muerte; de él habla el apóstol, del Señor de todos, que exaltado en su forma humana será reconocido en su señorío por toda la creación para la gloria del Padre².

El corazón del apóstol se ensancha cada vez que habla del Señor Jesús, pero se fija en los objetos de su atención y, así como había hablado de la autorrenuncia y la humillación de Cristo como medio para formar esa unión —que intentaría aprovecharse de la rivalidad de la carne—, les habla de la obediencia de Cristo en contraposición a la del primer Adán. Aplica este principio para instruir a los filipenses y explicarles el efecto que produjo su ausencia y apartamiento de la obra: «así que, amados míos, tal como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, procurad vuestra propia salvación con temor y temblor —y añade— porque Dios es el que en vosotros opera tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad». Es decir, que aunque estuvo realizando la obra entre ellos, los filipenses estaban ahora ocupados con el enemigo sin el auxilio y la energía espiritual que les proporcionaba la presencia del apóstol; sin embargo, Dios obraba en ellos y debían trabajar con tanto más denuedo, ya que estaban en un conflicto que Él controlaba en medio de una guerra y tenían que esforzarse haciendo frente directamente a un poder adverso. No era el momento de jactarse de sus pequeños dones a causa de la desaparición de lo que los había relegado a la sombra, ni tampoco debían pelearse. Por otra parte, si estaban privados de Pablo no lo estaban de Dios; él obraba en ellos. He aquí el gran principio y consuelo de la epístola. Los cristianos, privados de la importante ayuda apostólica, son no obstante encomendados a Dios, y el apóstol, separado de la asamblea, halla su consuelo en Él y encomienda a la iglesia carente de sus cuidados personales al que se lo había proporcionado.

Seamos cuidadosos y démonos cuenta de que se trata de todo lo contrario de una exhortación a nuestro propio obrar, pues hablamos del poder efectivo de Dios. «Vuestra propia salvación»

² No se debe a lo que sufrió, como efecto de someterse a la voluntad divina en la posición que tomó, que sea presentado como nuestro modelo. En su humillación voluntaria asumió amorosamente el lugar más bajo para llamarnos a seguirle. El amor sirve, se humilla y toma la posición más insignificante —según el orgullo humano— para poder servir, y en este servicio se deleita. Cristo actuó desde el amor; escogió servir y el lugar bajo, y por eso supo humillarse.

contrasta con la ausencia de Pablo, quien había trabajado para los filipenses y ahora Dios lo hacía para obrar el querer y el hacer. Tenían que trabajar, porque aunque el apóstol estaba ausente, Dios obraba en ellos. La observación que he hecho se refiere a que la salvación y la bendición se contemplan en todas partes de esta epístola como el fin de la carrera del cristiano, incluida la manifestación de su justicia (cp 3:9). Este pasaje es un ejemplo. Hay dos maneras de ver al cristiano en el Nuevo Testamento: en Cristo —aquí no hay progreso—, aceptado por él en su estado actual, completo y perfecto. También es un peregrino en la tierra que tiene que llegar a la meta; así sucedía con los filipenses. Esto propicia la ocasión para darles todo tipo de exhortaciones, advertencias y síes condicionantes. El cristiano aprende a ser obediente y a depender de Dios, las dos características del nuevo hombre. Con ello es conducido a la infalible fidelidad de Dios, la cual le guía hasta el final y él no puede negar reconocerlo.

Ved 1Co 1:8, que aquí cito porque estaban marchando mal. Hay numerosos pasajes más.

La diligencia y la seriedad debía caracterizar el camino de los cristianos en estas circunstancias, en las que hay que ser conscientes de la relación directa con Dios y del conflicto personal con el enemigo.

El apóstol vuelve al espíritu de mansedumbre y de paz, en el que se siembran los frutos de justicia: «haced todo sin murmuraciones ni discusiones», se lo dice para que pudieran ser irreprochables e intachables, hijos de Dios en medio de una generación torcida y perversa, entre la que tenían que brillar como luces en el mundo y sostener firmes la palabra de verdad. Un pasaje extraordinario, pues se ve que cada elemento de la frase es una declaración exacta de lo que era Cristo. No importa cuáles sean las circunstancias en las que se encuentre la asamblea, pues tal debería ser siempre su estado y camino por lo que a ella respecta. La gracia suficiente para hacerlo se encuentra siempre en Cristo.

La unidad del Espíritu para los filipenses y un camino ordenado por Dios, a fin de que pudieran ser luminas en medio de las tinieblas morales del mundo —llevando la Palabra de vida y asiéndose fuertemente de ella—, era el deseo del apóstol. Demostrarían así, por la constancia y efecto práctico de su fe, que no había corrido ni trabajado en vano, y ellos mismos serían su gloria en el día de Cristo. Oh, si la asamblea hubiera continuado por este camino. Pero sea como sea, Cristo es glorificado. Pablo une su obra y la recompensa de aquel día con la bendición de la iglesia. Con su muerte no la perdería. Esta unión del corazón y la fe es muy significativa. El apóstol se presenta capaz de ser derramado (es decir, su vida) sobre el sacrificio y servicio de la fe de los filipenses. Habían mostrado su devoción por Cristo al acordarse de su siervo, y él considera su fe una ofrenda al Salvador y a Dios. Los ve como pueblo de Cristo, ve grande la sustancia de esta ofrenda y a él la libación vertida sobre ella. Tal vez su vida se derramaría en el servicio del evangelio, al que se consagraron, pero ellos pondrían el sello a su propia ofrenda dedicada a Dios por su sagrado vínculo con el apóstol. Este se alegraba, si puede decirse, de que su vida se derramara, ya que coronaría la obra para los gentiles. Desea también que se regocijara con el mismo espíritu. Todo era lo mismo, la fe de ellos y la suya, su servicio en común ofrecido a Dios y agradable a él, por lo que su prueba más sublime debería ser la fuente del gozo más sagrado. Este mundo no era la escena real de lo que sucedía. Lo que contemplamos aquí, en relación con la obra divina, no es sino su capa externa. El apóstol habla el lenguaje de la fe, que ve las cosas como son ante Dios.

Sin embargo, esta diligente guardia no terminaba aunque los encomendara a Dios. Es lo que suele pasar. El amor y la fe que confían todo a Dios no dejan de pensar en lo que le es agradable. Así pues, en el capítulo 2 de 1Jn, donde el apóstol dice que los hijitos no necesitan que nadie les enseñe, los instruye con toda la solicitud para prevenirlos. También aquí espera Pablo, lleno de un interés santo por estas almas apreciadas por Cristo, enviarles a Timoteo y saber de su estado. Pero las cosas pintan de otro color. Quiso enviar al discípulo porque no conocía a nadie más de cuyo

corazón brotaran iguales sentimientos por ellos, de la misma fuente del amor. Todos buscaban sus propios intereses, no los de Cristo. ¡Qué ejercicio para la fe! ¡Y qué ocasión para demostrarla!

En lo que respecta a Timoteo, lo amados filipenses debían recibirle con un corazón digno de la confianza del apóstol. Ellos sabían cómo había servido Pablo en el evangelio. Los vínculos del amor en el evangelio son los más fuertes cuando ya todo se ha enfriado. Observemos que Dios completó su obra cuando, acerca del testimonio común de la asamblea, todo había fracasado después de la decepción que oprimía el corazón del apóstol, aunque desde luego Dios nunca se muestra frío. Este vínculo no decepciona tampoco a los filipenses. Tan pronto como Pablo supo cómo le iría, les envió a Timoteo; pero como dijo, tenía confianza en que el Señor le permitiría acudir personalmente y pronto.

Estaba Epafrodito, que llegaba de visitarlos trayendo al apóstol su testimonio y afecto. Fiel instrumento que había arriesgado la vida y sufrido peligrosas enfermedades para acometer su servicio. El buen testimonio del amor cristiano emerge aquí por todos lados. Epafrodito confía tanto en el amor de los filipenses que crece su angustia en cuanto sabe que habían oído que estaba enfermo. Acepta, pues, lo que sentían por él y el lugar que ocupaba en sus afectos. ¿No sucedería lo mismo con el hijo que supiera que su madre ha recibido noticias suyas? Se apresuraría para informarle de su mejoría y eso la tranquilizaría, porque ella conocería el amor del corazón de su hijo. Tal es el afecto cristiano, sencillo, tierno y digno de confianza, pues es puro y equilibrado, anda en la luz de Dios y en los afectos que Cristo ha consagrado como Hombre. No dudemos de que el amor es más elevado aún; pero el amor cristiano, que actúa delante de los hombres como fruto del amor divino, se exhibe con la gracia.

El apóstol reacciona ante el afecto de los filipenses por él, dado que había enseñado y trabajado en el Señor por ellos —de lo que el Espíritu Santo también se acordaba—, y les vuelve a enviar a Epafrodito con el propósito de animarlos y mantenerles este sentimiento en su corazón. Participa él mismo de todo presentándoles el amor tierno y divino. Le habrían añadido dolor sobre dolor (tanto era el que sentía) si hubieran perdido a su siervo y mensajero, amado por los servicios que les había prestado, pero Dios guardó a Epafrodito y al apóstol. Sin embargo, quería que estuvieran tranquilos cuando fuera a visitarles su hijo, y liberado de toda ansiedad el corazón del apóstol también sería aliviado. ¡Qué imagen del mutuo amor y de la buena solicitud de ambos!

Tomemos nota de los caminos en los que Dios, según el apóstol, tomaba parte. Lo que nos presenta aquí son las compasiones divinas, no los consejos del amor de Dios, sino sus mismas compasiones y los afectos que él valora entre los hombres. Estos afectos y la valoración de los obreros son temidos a veces, por cuanto la asamblea tiene, de hecho, el deber de renunciar a depender de la falsedad humana. Sin embargo, en medio del fracaso de unas fuerzas y vínculos exteriormente organizados, dada la ausencia del apóstol, el Espíritu divino prepara la escena de unos afectos y vínculos internos para la enseñanza de la asamblea, al tiempo que reconoce todo lo que queda de las ruinas de su primitiva posición y conexiones externas. No crea de nuevo estos vínculos, sino que reconoce los que todavía puede haber. Solo el primer versículo de la epístola hablaba de esto; nada más era necesario, excepto aquellos vínculos que él hacía manifestar de manera abundante, pero no como doctrina, sino como un hecho. Dios, el apóstol, su fiel Timoteo, el apreciado siervo de los filipenses, compañero colaborador de Pablo y tan querido para ellos, y hasta los mismos filipenses, tienen su parte en esta valiosa y preciada cadena del amor. La capacidad de la gracia en la vida cristiana se desarrolla en cada porción de este capítulo, así como la delicadeza a la hora de reprender acerca del espíritu de división, con la visita de Timoteo, cuando les hace saber cómo le iba a Pablo, y después con Epafrodito, cuando por él oyeron que aquel había estado enfermo. Esta consideración por los demás, fijémonos, está relacionada con un Cristo que se humilló desde el seno de la deidad y en su forma de hombre bajó hasta la muerte, lo que explica el origen

de la gracia humilde y la exaltación de Uno a quien encontramos en la gloria como la fuente de energía y poder proporcionada al que estimaba todo por basura con tal de ganarle.

Capítulo 3

Después de todo, era en el Señor que ellos debían regocijarse, y ahora el apóstol les advierte de lo que había estado consumiendo la vida de la asamblea, produciendo los lastimosos frutos que llenaban de angustia su corazón y las consecuencias lamentables que vemos aún hoy; consecuencias, como predijo, que seguirán creciendo en proporciones hasta el juicio divino. Sea como fuere, el Señor no cambia. «Regocijaos —dice el apóstol— en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡regocijaos!». En él todo es seguro.

Lo que podía estorbarles el regocijo se desarrolla aquí junto con el verdadero conocimiento de Cristo, que nos guarda de tales estorbos. No hablamos de la doctrina y la práctica que corresponden a la posición elevada de la unión de la iglesia con el cuerpo de un Cristo glorificado. Tampoco es la unidad que se produce de dicha unión, ya que este es el tema de Efesios; ni tan solo obedece a una necesidad apremiante de aferrarse a la Cabeza, porque todo es plenitud en ella (esta es la enseñanza de Colosenses, de acuerdo con el carácter general de la epístola). Por el contrario, se trata de un asunto relacionado con las experiencias personales del cristiano, concretamente del apóstol. Por consiguiente —como se comprobó por sus combates personales y el dolor sufrido—, él se hallaba en la calzada hacia el pleno disfrute de este objeto, que había aprendido a conocer, y hacia el estado que anhelaba su corazón. Esto debería ser la experiencia de cada cristiano, puesto que si yo, como miembro del cuerpo, estoy unido por el Espíritu a la Cabeza y por la fe asimilo esta unión, no es menos cierto que mi experiencia personal, aunque la sustente la fe, no puede evitar estar unida a la senda que transito para poder alcanzar la gloria, a la cual tengo derecho. No tiene que ver con que los sentimientos, avivados por lo que veo en esta senda, vayan a falsificar o a contradecir mi posición en Cristo, siquiera destruir la seguridad que tengo en el punto en que he iniciado el camino. Mientras posea esta seguridad, sé que en realidad no habré alcanzado aún el resultado de esta posición en la gloria. En esta epístola nos hallamos en el camino, como individuos, en nuestra relación con Dios, dado que la experiencia es siempre individual aunque nuestra unión con los otros miembros de Cristo forme parte de ella.

En el capítulo 3 prosigue Pablo su exhortación, nada pesada para él, porque a ellos daba seguridad —aunque se expusiera al peligro y los velara con su tierno amor— y renovaba sus advertencias y enseñanzas sobre la mezcla de principios judaizantes con la doctrina de un Cristo glorificado, al que querían destruir restaurando la carne (el pecado y la alienación de Dios) a su lugar. Querían el primer hombre, rechazado y condenado, no el segundo. Sin embargo, no es en forma de pecado que la carne aparece aquí, sino en forma de justicia, de todo aquello que es respetable y religioso, y bajo ordenanzas que poseían el venerable peso de su antigüedad; en cuanto a su origen —a menos que hubiera desaparecido con Cristo—, querían destruir también la autoridad de Dios mismo.

Para el apóstol, que conocía al Cristo celestial, todo esto era solamente un cebo para hacer salir al cristiano de su camino y hacerle tropezar otra vez con la ruina de la que salió. Esto iba a empeorarlo todo, porque hablaban de abandonar a un Cristo conocido y glorificado para volver a lo que la carne había demostrado que no tenía ningún valor. Por tanto, el apóstol no es indulgente con esta doctrina ni quiere ser complaciente con los que la enseñan.

La gloria que había visto, las confrontaciones con los falsos maestros y el estado en que habían dejado la asamblea... Jerusalén y Roma, su libertad y prisión... todo le había aportado la experiencia de saber qué valor tenía el judaísmo comparado con la iglesia de Dios. Aquellos eran perros, obreros

fraudulentos, llenos de maldad e impiedad; no eran circuncisos. Trata de esto con profundo desprecio y utiliza un lenguaje duro que se justifica con su amor hacia la asamblea, pues el amor es severo para con quienes carecen de conciencia y corrompen su objeto. Eran sus mutiladores.

Cuando el mal se revela en su auténtico carácter y no duda en generar un miserable manto de religiosidad, manifestarnos benevolentes con él se convierte en un crimen perpetrado contra los objetos del amor cristiano. Si amamos a Cristo, llamaremos el mal por su nombre en nuestras relaciones con la asamblea, y esta no intentará ocultarlo. Esto es amor verdadero y fidelidad a Cristo. El apóstol no había fracasado, desde luego, al condescender con el débil en este sentido. Había ido más allá y sus prisiones podían demostrarlo. La asamblea, privada de su energía y de esa decisión espiritual, llena de amor, para todo lo que es bueno, peligraba más que nunca. La experiencia de toda una vida de actividad y de la paciencia más infinita, de dura reflexión durante cuatro años en prisión, llevaron al apóstol a pronunciar estas palabras apremiantes y enérgicas: «guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo». La doctrina de la epístola a los efesios, la exhortación a los colosenses y el afecto a los filipenses, con la denuncia contenida en el pasaje 3:2, datan de la misma época y las define el mismo tipo de amor. Pero él sufría para denunciar estas cosas. Cuando estas doctrinas no eran conocidas en otros sitios, él ofrecía todos los detalles, como con el caso de Timoteo, que tenía que saber velar por la asamblea. Era bastante por ahora señalar el conocido carácter que tenían. No importa quiénes fueran los judaizantes, pues cualquiera que buscara mezclar la ley con el evangelio, confiando en las ordenanzas y en el Espíritu, no tenía dignidad, era malicioso y despreciable. Pero el apóstol se ocupa más bien del poder que puede librarnos de ello. Somos la circuncisión —aquello que está realmente separado del mal, lo que está muerto al pecado y la carne— y adoramos a Dios, no con la falsa pretensión de los mandamientos, sino espiritualmente, por el poder del Espíritu Santo, y nos regocijamos en Cristo el Salvador desconfiando de la carne. Aquí vemos el Espíritu en contraste con la carne y el ego.

Pablo podía jactarse, si era necesario, de lo que era carnal. En cuanto a los privilegios judíos, los poseía en sumo grado. Había desbancado a todos en lo que a un celo santo se refiere y delante de los innovadores. Una única cosa le había cambiado: ver a un Cristo glorificado. Lo que poseía según la carne había sido pérdida para él desde entonces. Le había separado de su fe y deseo en el Cristo a quien nosotros conocemos. Démonos cuenta de que no son los pecados de la carne los que fueron expiados, abolidos y rechazados, sino su justicia. Díganos que el apóstol no tenía ya ninguna justicia carnal, pero de haberla tenido —como de hecho sucedió en su profesión externa— no habría querido conocerla porque poseía otra mejor. En el Cristo que se le apareció de camino a Damasco vio una justicia y una gloria divinas para el hombre. Vio a un Cristo glorificado que reconocía a los pobres miembros débiles de la asamblea como parte de Sí mismo. El apóstol no quería poseer nada más. La excelencia del conocimiento de Jesucristo, su Señor, lo eclipsaba todo, cambiándolo no precisamente para pérdida. Las estrellas y las tinieblas de la noche huyen ante los rayos del sol. La justicia de la ley y la de Pablo, que le hacían distinguido delante de los hombres, quedaron eliminadas ante la justicia de Dios y la gloria de Cristo.

Fue un profundo cambio que sufrió su ser moral. Su ganancia era pérdida. Para él, Cristo se había convertido en mucho más. No era el mal lo que se había marchado de él, sino que todo lo que representaba una oportunidad para la carne de Pablo se esfumó. Había otro más apreciado para él. ¡Qué cambio tan profundo y radical en su ser!, cuando deja de ser el centro moral de su existencia para dar paso a alguien más digno de controlar su nueva vida. Una Persona divina, un Hombre que había glorificado a Dios y en el que, para el ojo de la fe, resplandecía la gloria divina y se cumplía la justicia, su amor y su tierna misericordia revelada a los hombres, y conocida por ellos. Era al que Pablo deseaba ganar, poseerle —pues aquí caminamos todavía en el desierto— y desear ser hallado: «para ganar a Cristo, y ser hallado en él». Dos cosas tenía presente su fe con este deseo: poseer la

justicia de Dios como si fuera suya (en Cristo ya la poseía) y conocer además el poder de su resurrección (solo le conocía resucitado), que ahora obraba en él y le concedía participar en sus sufrimientos y conformarse a su muerte.

Fue en la muerte de Cristo que quedó demostrado el perfecto amor, donde quedó establecida la base de la justicia divina y eterna, y la abnegación fue completa y perfectamente manifestada, objetos para el apóstol de una fe que así lo discernía y lo deseaba, conforme al nuevo hombre. Cristo pasó por la muerte en la perfección de esa vida, cuyo poder manifestó en resurrección.

Tras ver Pablo esta perfección gloriosa, y estando unido, débil como era, a Cristo como fuente de este poder, deseaba conocer el de su resurrección y seguirle en sus sufrimientos. Las circunstancias sostuvieron esta realidad ante su mirada. Su corazón solo veía, o deseaba ver, a Cristo para poder seguirle hasta allí. Si se acercaba la muerte, tanto más quería asemejarse a él. No le importaba el coste si podía conseguirlo por cualquier medio, lo que demostraba su coherente firmeza en lograr este propósito. Esto era realmente conocerle, aunque fuera bajo la prueba, conocer todo lo que Él es, su perfección en el amor, en la obediencia y en la devoción demostrada; pero el objeto era ganar a Cristo.

Después de verle en la gloria, el apóstol comprendió la senda que le condujo hasta allí, la perfección de Cristo en ella. Participante de su vida, deseaba comprender su poder según esta gloria, que pudiera seguirle para estar donde Jesús estaba: en la gloria con él. Esto es lo que el Señor afirmó en Jn 12:23-26. ¿Quién era capaz de conocerle como Pablo? Observemos aquí la diferencia entre él y Pedro. Este dice de sí mismo: «testigo de los padecimientos de Cristo, soy también participante de la gloria que ha de ser revelada»; en cambio, Pablo, testigo de la gloria que hay en el cielo —«como Él es», nos dice Juan—, desea compartir su sufrimiento. Es el peculiar fundamento del lugar de la asamblea, del camino en el Espíritu y según la revelación de la gloria de Cristo. No olvidéis que esto es lo que llevó a decir a Pedro que en las epístolas de Pablo —que reconoce que forman una parte de las Escrituras— hay cosas difíciles de entender. Sacaban al hombre nuevo de todo el antiguo orden de cosas.

Como consecuencia de haberle visto en la gloria, había dos cosas que eran importantes para Pablo: la justicia de Dios en Cristo y su conocimiento. Lo primero eclipsaba aquello de lo que podía jactarse la carne, «lo mío propio», la justicia del hombre según la ley. Lo segundo, la justicia de Dios, era por fe, pero el hombre no podía hacer nada al respecto. Solo tiene parte en ella cuando cree por fe en Jesucristo. El creyente tiene su lugar delante de Dios en la justicia divina que este manifestó glorificando a Cristo, tras ser Él glorificado en Dios. ¡Qué posición! No solamente el pecado, sino la justicia humana y todo lo que es del yo, quedan excluidos; tenemos un lugar por la perfección con la que Cristo le ha glorificado en su humanidad. No obstante, este lugar corresponde, primero y necesariamente, al que ha cumplido esta obra gloriosa. Él en Persona, en su estado actual, es la expresión de nuestra posición. Conocerle es conocer este lugar. Está allí de acuerdo con la justicia divina, y participamos en él en la posición a la cual lleva, de forma libre pero necesaria, al hombre en Cristo (a nosotros). A partir de este momento, desearé saber lo que significa estar en ella y conocerle. Desde luego, esto engloba todo lo que él era cuando lo cumplió. La gloria revela el poder y el resultado. Lo que sufrió fue la obra en la que glorificó a Dios, de modo que la justicia divina ha sido cumplida en su exaltación, como humano, a la gloria. Y el amor divino, la perfecta dedicación a la gloria paterna, su constante obediencia, su resistencia a todo (para testimonio del amor del Padre por los hombres), la paciencia perfecta y los insondables sufrimientos (a fin de que pudiera perfeccionar el amor para los pecadores)... en una palabra, todo lo que Cristo era, en cuanto a su Persona, le convierten en el objeto que dispone, libera y da fuerzas al corazón por el poder de su gracia, la cual actúa en la nueva vida en la que estamos unidos a él por el todopoderoso vínculo del Espíritu, y le hace ser el único objeto ante nuestros ojos.

Conforme a todo esto, Pablo desea tener lo que Cristo puede dar: su copa y su bautismo; quiere dejar al Padre disponer de los lugares en el reino, por lo que no desea, como Juan y Santiago, la diestra ni la siniestra, ni tampoco un buen lugar para sí mismo. Desea a Cristo, dado que quiere ganarle. No prosigue con titubeos, como hicieron los discípulos en Marcos 10, sino que desea sufrir, no por el hecho de hacerlo, sino para participar de los sufrimientos cristianos. Por tanto, en vez de marcharse como aquel joven rico del capítulo, porque realmente había mucho en juego para la carne, y de aferrarse a la ley para justificarse, renuncia a esa justicia que tenía en común con el muchacho y lo estima todo como basura.

Tenemos la experiencia personal y práctica de la operación de este principio básico que el apóstol ha expuesto en otras epístolas sobre tener parte en un Cristo glorificado. Al contar el resultado acerca de sí mismo, habla de su propia resurrección según el carácter de la de Jesús. No es de lo que habla Pedro, como hemos visto, de participar en la gloria que tenía que revelarse, sino en lo que la precede. Después de ver al Cristo glorioso, conforme al poder de su resurrección, Pablo desea participar de esto. He aquí la fuerza de sus palabras: «si por cualquier medio...». Deseaba tener parte en la resurrección de entre los muertos, y si para alcanzarla necesitaba pasar por la muerte, como Cristo, lo haría sin calcular el coste, aun siendo muy doloroso. La muerte descubría el terror ante sus ojos.

Hablamos del carácter de la resurrección *de entre* los muertos, no simplemente de resucitar *de* los muertos. Una resurrección para salir, mediante el favor y poder divinos, y en lo que a Cristo y a la justicia de Dios respecta —y también a nosotros mismos— de la condición del mal en que nos hemos sumido todos; salir, tras haber estado muertos en pecados y al pecado, por el favor, el poder y la justicia divinos. ¡Qué gracia y diferencia! Seguimos a Cristo por voluntad divina desde el lugar en que nos ha puesto y nos satisface estar en el más bajo, si así lo ha decidido, renunciando al yo en cuanto a la labor que pudiéramos desempeñar en el más alto. El secreto de estar en cualquiera de ambos lugares es que Cristo lo es todo, y nosotros, que participamos de su resurrección, no somos nada. Un pensamiento de paz y gozo que llena el corazón de amor por Cristo. Gozosa y gloriosa esperanza que resplandece ante nuestros ojos y en ese bendito Salvador glorificado. Los objetos del favor divino salimos de la casa de la muerte, que no puede retener a los Suyos porque la gloria y el amor de Dios se interesan por ellos. La mirada celestial se fija en nosotros porque somos de Cristo. Él es el ejemplo y el modelo de nuestra resurrección; el principio (Ro 8) y la seguridad de nuestra resurrección están en él. La calzada que lleva hasta allí es la recorrida por el apóstol. Dado que la resurrección y la semejanza al Cristo glorioso eran los objetos de su esperanza, es evidente que él no las había alcanzado. Si esta era su perfección, todavía no podía serlo.

Como decimos, continua aún en la calzada, pero Cristo se había fijado en el apóstol, quien seguía adelante para conseguir el premio, cuyo gozo se había conseguido para él. No que ya lo hubiera alcanzado, dice a sus hermanos, pero al menos sí podía decirles que había olvidado todo lo que quedaba atrás y proseguía hacia delante, hasta la meta siempre, teniéndola ante sus ojos para alcanzar el premio del llamamiento de Dios, guardado en el cielo. Era un cristiano feliz, y es magnífico no perder esto nunca de vista y evitar tener el corazón dividido, pensar solo en una cosa, actuar y pensar siempre según la energía positiva obrada por el Espíritu Santo en el nuevo hombre, el que conducía hacia su único objeto celestial. No son exactamente sus pecados lo que dice el apóstol que olvidó, sino el progreso, las ventajas y todo lo que había dejado atrás, que no se debían solo a la energía mostrada con el primer impulso. Seguía estimando todo como basura porque tenía a Cristo en consideración; esta es la vida cristiana de verdad. Qué momento más triste habría sido para Rebeca si, en medio del desierto con Eliezer, se hubiera olvidado de Isaac y hubiese empezado a pensar otra vez en Betuel y la casa de su padre. ¿De qué hubiera valido salir al desierto con aquel siervo?

He aquí la auténtica vida y posición del cristiano; incluso los israelitas, aunque preservados por la sangre del mensajero del juicio, no estuvieron en el lugar correcto hasta que cruzaron el Mar Rojo como un pueblo libre. Luego el apóstol está en el camino que lleva a Canaán, porque él pertenecía a Dios.

Hasta que el cristiano no comprende la nueva posición que ha asumido Cristo tras resucitar de los muertos, no está espiritualmente en el lugar que le corresponde, no es perfecto ni un creyente maduro. Y cuando alcanza este estadio, no existe la probabilidad de que vaya a menospreciar a otros. Dice el apóstol que si en algo sentían de manera diferente, Dios les revelaría la plenitud de su verdad. Tenían que andar juntos y con el pensamiento unánime en las cosas que ya habían logrado alcanzar. Cuando el ojo fuera sencillo, así se manifestaría. Había muchos a los que esto no se aplicaba, pero el apóstol era su ejemplo, lo que era mucho decir. Mientras Jesús vivía, el poder peculiar de esta resurrección de vida no podía revelarse de la misma manera; pero además, vivió en la conciencia de lo que él era con el Padre antes de la fundación del mundo, de modo que si soportó todo por el gozo puesto delante de él, aunque su vida era la pauta perfecta del hombre celestial, poseía un descanso y una comunión de carácter bastante peculiar, instructivo no obstante para nosotros, ya que el Padre nos ama como amó a Jesús, y él también nos ama como el Padre le amó. Con Jesús no se trataba de la energía de uno que corre por obligación para obtener lo que nunca ha poseído; Él hablaba lo que conocía y daba testimonio de lo que había visto, de lo que había dejado por amor a nosotros: el Hijo del Hombre que estaba en el cielo.

Juan penetra mucho más en estos aspectos de Cristo. En su epístola tenemos más cosas de Su naturaleza y carácter divinos de lo que nosotros seremos con él en la gloria, y Pedro, edificando sobre el mismo fundamento que los demás, espera lo que se revelará. Su peregrinación al cielo, donde obtendría el tesoro guardado hasta el último momento, se relacionaba más con lo que ya había sido revelado. Desde su punto de vista, la estrella de la mañana que Pablo esperaba ver salir, de manera literal, por el horizonte. La vida era para él la del Jesús judío. No podía decir, como Pablo, «sed imitadores de mí». El efecto de la revelación de la gloria celestial, entre la partida y la manifestación de Cristo, y la de la unión de todos los creyentes con él en el cielo, la comprendía solamente quien la recibía. Fiel por gracia a esta revelación, y sin tener otro objeto que guiara sus pasos o instruyera su corazón, el apóstol se ofrece como ejemplo. Siguió realmente a Cristo, y si el carácter de su camino era peculiar, por la manera en que Dios le había llamado, también debería serlo para los cristianos que poseen esta revelación.

Pablo habla de una dispensación que se le había encomendado. No habían de apartar la mirada de Cristo, sino ponerla constantemente en él, cosa en la que insiste el apóstol, ya que es lo que personalmente le identificaba y le permitía dar ejemplo. Era una actitud bastante especial. Su objeto no era conocer al Cristo terrenal, sino al que había visto glorificado en el cielo. Perseguir este fin es lo que daba sentido a su vida, del mismo modo que constituía la base de su enseñanza la gloria de Cristo, como testimonio para la presentación de la justicia divina y la posición de la asamblea. Por eso podía decir «sed imitadores de mí». Su mirada estaba siempre puesta en el Cristo celestial, quien había resplandecido ante sus ojos y lo seguía haciendo para la fe.

Los filipenses tenían que caminar juntos y hacer mención de aquellos que seguían el ejemplo del apóstol. Evidentemente, hablamos de un periodo en el que la asamblea, como conjunto, se había apartado mucho de su primer amor y condición habitual. De la mayoría, que llevaban el nombre de cristianos y habían mostrado una vez su esperanza, el apóstol habla con lágrimas en los ojos porque resultaron ser enemigos de la cruz de Cristo. La cruz y su presencia en nuestra vida responde a la gloria celestial. El asunto aquí no es la asamblea de Filipos, sino la condición de la iglesia universal en su profesión externa. Muchos se hacían llamar cristianos y relacionaban a este nombre una vida con las cosas terrenales como objeto. Estaban allí, pero el apóstol no los reconocía, no por una cuestión de disciplina local, sino por la condición del cristianismo, en cuya implantación buscaban

su propio interés. Espiritualmente rebajado y poco comprendido el Cristo glorioso, muchos que no tenían vida en absoluto solían mezclarse sin ser detectados por quienes, al manifestarla tan poco, apenas caminaban mejor que ellos. No parece ser que los que se mezclaban con las cosas terrenales cometieran ningún mal que mereciera la disciplina pública. El nivel espiritualmente bajo de los verdaderos cristianos dejaba que otros caminaran libremente entre ellos, y su presencia degradaba más si cabe el patrón de la vida de piedad.

Este estado de cosas no pasaba desapercibido a la mirada espiritual del apóstol, que se concentraba en la gloria y discernía voluntariamente, y de forma transparente, todo lo que no tuviera una razón de ser, así que el Espíritu nos permite hacer nuestro juicio divino de la forma más grave y solemne en este tipo de situaciones. No podemos dudar que desde entonces ha empeorado mucho la situación, con un desarrollo tan pronunciado de los elementos de malignidad que han llegado a establecerse en proporciones brutalmente distintas a las de aquel tiempo, pero los principios morales respecto a un camino concreto para la asamblea siguen siendo los mismos. El mal se presenta para ser evitado, y los medios están ahí para conseguirlo de un modo eficaz. Tenemos el bendito ejemplo a seguir del Salvador celestial, para que sea el objeto glorioso de nuestra fe y vida, si queremos vivir como cristianos de verdad.

Lo que caracterizaba a estas personas que profesaban el nombre de Cristo era que sus corazones se fijaban en las cosas terrenales. Así, la cruz no tenía poder para ellas, lo que, visto el caso, hubiera sido una contradicción. Su fin era destruir. El verdadero cristiano no era así; su conversación estaba en el cielo y no en la tierra; su vida moral transcurría allá arriba, y sus relaciones verdaderas estaban allí, de donde esperaba que Cristo el Salvador le librara de lo terrenal y de un sistema que odiaba a Dios. En la epístola se considera siempre la salvación como el resultado final del conflicto, dado el poder altísimo del Señor. Luego, cuando Cristo venga a tomar la asamblea, los cristianos realmente celestiales serán como él en la gloria del cielo, en una semejanza al objeto de su carrera (cf 1Jn 3:2). Cristo lo cumplirá en ellos, dando nueva forma a sus cuerpos de humillación, según el poder por el que puede someter todas las cosas a sí mismo. Entonces, habrán alcanzado el fin el apóstol y todos los cristianos, la resurrección de entre los muertos.

Tal es el principio de este capítulo. El Cristo glorioso es la fuente de energía para la vida cristiana, de modo que todo lo demás lo estimamos como pérdida para obtenerle a él. Despojado de sí mismo, es la fuente que llena de gracia nuestro camino, y aunque solemos sacrificar una de estas dos partes de la vida cristiana, olvidándonos de la otra, al menos corremos tras una. Pablo brilla de un modo singular en ambas. En el próximo capítulo veremos una superioridad respecto a las circunstancias. Esta es también la experiencia y estado de Pablo, pues no hemos de olvidar que su experiencia personal pasa por ser solo —humanamente hablando— impecable, no perfecta. La semejanza a Cristo en la gloria es la única base para ello. En cuanto a este tercer capítulo, muchos han investigado si el fin es asimilarnos espiritualmente al Cristo terrenal o al celestial, pero eso sería, más bien, olvidarnos del significado profundo de lo que nos dice el apóstol, que la visión y el deseo de la gloria celestial, el deseo de poseer a Cristo glorificado, es lo que da forma a nuestro corazón. El objeto que pudiera perseguir uno mismo no se podría encontrar aquí abajo, dado que Cristo está en lo alto. Sería separar el corazón del objeto que lo conforma a su propia semejanza. Aunque nunca alcancemos la meta aquí, dado que se trata de un Cristo glorificado y de la resurrección de entre los muertos, el querer llegar a ella, sin embargo, nos asemeja a él cada vez más. El objeto en la gloria da forma a la vida que se correspondería con él en la tierra. Si veo una luz al final de un largo y estrecho pasillo, nunca la voy a abarcar hasta haberlo cruzado; en cambio, será una luz que irá aumentando su brillo a medida que avance hasta ella para conocerla mejor, de manera que pueda estar más en la luz. Sucede igual con un Cristo glorificado, y así tiene que ser la vida cristiana (cf 2Co 3).

Capítulo 4

Los filipenses debían permanecer firmes en el Señor. Esto es difícil de lograr cuando se suaviza el tono con que se expresa, pero es algo doloroso también, pues el camino se vuelve mucho más solitario y los corazones están fríos. El Espíritu nos ha dejado un ejemplo muy claro, que consiste en el principio, el carácter y la fuerza de este camino. Mirando a Cristo todo es fácil, y la comunión con él nos da luz y seguridad. Merece la pena frente a todo lo que no podemos conseguir.

El apóstol habla, sin embargo, de manera bastante suave de unas personas que no eran como los falsos maestros judaizantes (que corrompían las fuentes de la vida y entorpecían el camino de la comunión con el amor de Dios), sino que eran otro tipo de personas que habían perdido esta vida de comunión, o bien no la tuvieron nunca, conservando solo la apariencia. Lloraba por ellas.

Creo que el apóstol envió su epístola por medio de Epafrodito, quien probablemente la había escrito por dictado de Pablo, como solía hacer con todas las epístolas, salvo con la que envió a los gálatas, que la escribió de su propia mano. Cuando dice, por tanto, «colaboradores míos», habla como creo de Epafrodito (cp 4:3). También hace mención de dos hermanas que no pensaban igual a la hora de resistir al enemigo. En todos los sentidos, el apóstol deseaba unidad de corazón y mente. Ruega a Epafrodito —si en realidad era él— que como siervo del Señor ayudara a esas dos fieles mujeres que habían trabajado al lado de Pablo para esparcir el evangelio. Evodia y Síntique completaban tal vez el número, por la probabilidad de pensamientos afines. Las actividades que realizaban una vez que habían cruzado la línea de la espiritualidad, las tenían atrapadas en una espiral voluntariosa que las hacía mostrarse en desacuerdo en muchas cosas. A pesar de todo, no fueron olvidadas, junto con Clemente y los demás, colaboradores del apóstol y cuyos nombres estaban escritos en el libro de la vida. El amor por el Señor nos recuerda todo lo que es capaz de conseguir la gracia, que tiene un lugar para cada uno de los suyos.

El apóstol vuelve a las exhortaciones prácticas dirigidas a los fieles, respecto a su vida cotidiana, para que puedan andar conforme a su llamamiento celestial: «regocijaos en el Señor». Aunque después derrame lágrimas por la mayoría que se llaman cristianos, se regocija siempre en el Señor, en él está lo que no se puede alterar. Esto no consiste en cortar por lo sano con el sufrimiento para poner trabas al llanto, sino en una fuente de gozo que se propaga, a causa de su inmutabilidad, cuando aparece la angustia, volviéndose tanto más pura en el corazón cuanto más se la tiene en cuenta. En sí, la única fuente que es infinitamente pura. Por ella amamos a los demás; pero si los amamos más que al Señor, perdemos algo de él. Cuando por el ejercicio del corazón dejamos de mamar otras fuentes, su gozo sigue siendo puro, y nuestro interés por otros participa de esta misma pureza. Nada hay que perturbe el gozo, ya que Cristo nunca cambia. Cuanto más le conocemos, mejor podemos disfrutar de aquello que propagamos a través de su conocimiento. Pablo exhorta a los cristianos a regocijarse, como testimonio de la obra de Cristo y de la verdadera porción que disfrutaban. Cuatro años encadenado a un guarda no le habían impedido hacerla, ni le impidieron exhortar a otros en mejores condiciones que las suyas.

Eso los convertiría en personas mansas y sosegadas; sus pasiones no serían excitadas sino por el propio gozo de Cristo. Él viene. Todavía un poco, y todo por lo que luchan los hombres dejará espacio a Aquel cuya presencia reprimirá la voluntad humana, poniéndola de lado y llenando los corazones. No tenemos que dejarnos llevar por las cosas terrenales hasta que venga, cuando estaremos plenamente ocupados con otras.

No solo las pasiones y la voluntad han de ser reprimidas y silenciadas, sino también la ansiedad. Tenemos una relación con Dios. Para todas las cosas es nuestro refugio, y los problemas no deberían inquietarnos. Él sabe desde el principio cuál es el fin, y conoce todo con antelación. Los acontecimientos no consiguen hacer temblar su trono ni su corazón, pues suelen cumplir siempre

sus propósitos. Para nosotros, él es amor; somos por gracia los objetos de su tierno cuidado. Nos escucha e inclina el oído para oír lo que tenemos que decir. En lugar de inquietarnos y de guardarnos las cosas, deberíamos presentar nuestras peticiones a Dios con oraciones, súplicas y abriendo el corazón —pues somos humanos—, por cuanto conocemos el suyo y sabemos que nos ama de un modo perfecto. De manera que, cuando le hagamos nuestra petición, podremos estarle agradecidos por la seguridad que tenemos de que nos responderá con su gracia, sea de la manera que sea. Nuestras peticiones las tenemos que presentar, no a través de huecos mandamientos para saber cuál es su voluntad, y ya está. Tenemos que presentarnos ante él con súplicas reales. Aquí no se dice que tendremos lo que pidamos, sino que la paz de Dios guardará nuestros corazones. Esto es confiar; no que vayan a ser ellos los guardianes de la paz divina, al contrario, pues habiendo arrojado sobre él nuestra carga, su paz los guardará, nada los podrá perturbar. Nuestras ansiedades estarán ante él, y el divino amor, que se encarga de todo y a todo se anticipa, tranquilizará nuestros preocupados corazones dándonos la paz que supera todo entendimiento, del mismo modo que él está por encima de las circunstancias que nos pueden acongojar y del pobre corazón atribulado por ellas. Oh, qué gracia que nuestras ansiedades sean el medio de llenarnos de esta paz maravillosa, si sabemos cómo presentarlas a Dios. ¡Qué fidelidad la suya! Ojalá podamos aprender la manera de mantener esta comunión con él y su realidad, a fin de comprender sus caminos.

Aunque el cristiano ande en medio del mal y de la prueba, tiene que ocuparse de todo lo que es bueno y ser capaz de hacer el bien cuando tiene la paz y vive en esta atmósfera que impregna su corazón, acostumbrado a la comunión con Dios. Este es un precepto importante. Podremos ocuparnos del mal para condenarlo, lo cual es justo, pero no estaremos en la comunión divina de las cosas buenas. Si a través de su gracia nos ocupamos de ellas, por cuanto proceden de él, el Dios de paz estará con nosotros. Tendremos su paz en la aflicción. Si en la rutina mostramos esta naturaleza, tendremos al Dios de paz. Pablo era el ejemplo práctico a seguir. Respecto al camino de los filipenses, Dios estaría con ellos si iban en pos de lo que habían aprendido y oído de él.

Sin embargo, aunque fuera esta su experiencia, el apóstol se alegraba enormemente de que el amor de los filipenses por él hubiera renacido. Encontraba su refugio en el Señor, como era evidente, pero esta era una ocasión para confiar más en Dios. Lo deducimos fácilmente por su manera de hablar. Añade con términos delicados que, si la solicitud por él había florecido nuevamente, no quería decir que le hubieran tenido olvidado. La solicitud por el apóstol había estado siempre en su corazón, pero nunca tuvieron la oportunidad de expresarle su amor como ahora. Pablo no se quejaba de nada, había aprendido a conformarse con toda clase de situaciones, sin depender de nadie. Sabía cómo humillarse y sabía estar pletórico. Fue enseñado tanto para la abundancia como para la escasez, y todo lo podía a través de Aquel que le fortalecía. Dulce y preciosa experiencia, que no solo nos otorga la capacidad para saber movernos en medio de las circunstancias, sino el conocimiento del Señor fiel y constante, de nuestro poderoso amigo en el corazón. No habla de «todo lo puedo», sino de «todo lo puedo en Cristo, que me fortalece». Una fortaleza que proviene de una relación con él, de una alianza mantenida en el corazón. Tampoco habla de que «uno lo puede todo», aunque sea verdad, sino de que él lo había aprendido con la experiencia. Sabía de lo que podía estar seguro y en qué confiar, conocedor del terreno donde se hallaba. Cristo siempre le fue fiel, le había conducido a través de mil y un problemas y le hizo conocer tiempos prósperos, cuando había aprendido a desconfiar de las circunstancias. Cristo era siempre el mismo. Los filipenses habían actuado bien y sus acciones no iban a caer en saco roto. Del primero hasta el último, Dios había dado su gracia a todos, ya que satisficieron la necesidad del apóstol a pesar de que no estaba con ellos. Él lo recordaba con afecto, pero no deseaba ningún don suyo, sino el fruto que pudiera sumar a su haber. Dice él «todo lo tengo», y su corazón regresaba al recuerdo de la sencilla expresión de su amor. Tenía abundancia tras recibido, por medio de Epafrodito, lo que le habían enviado, un sacrificio de dulce aroma y agradable a Dios.

Su corazón reposaba en Él, y su seguridad respecto a los filipenses viene expresada por las siguientes palabras: «mi Dios proveerá por todas vuestras necesidades». No expresa el deseo de que lo hiciera tal cual, ya que había aprendido a conocerle por experiencia. Mi Dios, dice él, a quien he aprendido a conocer en todas las circunstancias por las que he pasado, os llenará de cosas buenas. Ahora vuelve a hablarles de su carácter divino, que él ya conocía. Dios lo cumpliría conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. El apóstol había aprendido a conocerle desde el principio y en toda su variada senda, llena de pruebas y satisfacciones de lo alto. Por consiguiente, esta es su conclusión: «a nuestro Dios y Padre (también lo es de los filipenses) sea la gloria por los siglos de los siglos». Aplica su propia experiencia de lo que era Dios para él y su conocimiento de la fidelidad de Cristo hacia los filipenses. Esto llenaba su corazón de satisfacción y le proporcionaba tranquilidad. Todo un consuelo cuando pensamos en la asamblea. Manda saludos de los hermanos que le acompañaban y de los santos en general, especialmente de los de la familia de César. También allí encontró Dios a quienes por gracia escucharon su voz de amor. El apóstol termina con el saludo que en todas las epístolas da muestra de que eran suyas.

El estado actual de la iglesia, de los hijos de Dios dispersos por doquier, a menudo como ovejas sin pastor, es una condición muy distinta a la ruina de la que nos advirtió Pablo y que no puede por menos que aumentar en nosotros el valor de su experiencia, la que Dios ha estimado conveniente darnos. La experiencia de un corazón que confiaba en él es aplicable a la condición de los que estaban privados de los recursos naturales del organizado cuerpo de Cristo, como Dios lo había formado en la tierra. La epístola nos enseña, en general, la experiencia del cristiano, la superioridad, en un camino con el Espíritu, a las cosas que tenemos que experimentar. Es extraordinario ver que el pecado y la carne no se nombran, salvo que el apóstol no confiaba en ella. En aquel entonces, tenía un agujijón en la carne, pero la experiencia cristiana se resume en un camino espiritual elevado sobre aquello que provoca la actividad carnal.

El lector habrá observado que el capítulo 3 expone la gloria que hay por delante del cristiano y ofrece la energía de la vida cristiana; el capítulo 2, la abnegación y humillación de Cristo, fundamentando en ellas la afabilidad que nos permite vivir esta vida, y la consideración hacia los demás, mientras que el capítulo 4 nos ofrece la privilegiada superioridad a estas circunstancias.